

reis mi corazon, como un torrente de deleites? Con tan dulce esperanza mis huesos saltan de placer, y esclaman: ¡Oh Dios mio! ¡quién es semejante á Vos? Mi corazon se derrite, y mi cuerpo desfallece ¡oh Dios de mi corazon, felicidad eterna de mi alma!



DEMOSTRACION

DE LA

EXISTENCIA DE DIOS

Y DE SUS ATRIBUTOS,

TOMADA DE LA IDEA DEL ENTE INFINITO.

CAPITULO I.

Para conocer la verdad se ha de dudar metódicamente de todo lo que no es evidente: límites de donde no puede pasar esta duda.

ME PARECE que el que no quiera absolutamente dejarse engañar, debe dudar de todo lo que no sea evidente. Quiero desconfiar, pues, de todo juicio anticipado; y no quiero ya tener por cierta una cosa, solo por la claridad con que me pareció verla hasta ahora. Tambien desconfio de todo lo que se llama impresion de los sentidos, principios ad-

quiridos por la educacion, verosimilitud, &c.; nada, nada quiero creer, como no sea perfectamente cierto. La evidencia y la certidumbre absoluta de las cosas han de ser solamente lo que me determine á darles asenso; como ellas me falten, todo lo tendré por dudoso.

Sentada una vez esta regla, no hago ya caso de ninguno de todos los séres que creia descubrir al rededor de mí: tal vez no son mas que ilusiones. Mil veces he experimentado, que cuando duermo creo ver lo que no veo, y tocar lo que no toco. ¿Quién me asegurará que no estoy siempre dormido, y que todas mis percepciones no son sueños?

Si cierto grado de sueño me ocasiona una ilusion, que se desvanece y reconoce con la vigilia: ¿quién me asegurará, que la vigilia no es otro grado ú otra especie de sueño, del cual no salgo jamas, y cuya ilusion ningun otro estado me hace descubrir? ¿Qué diferencia hay entre uno que duerme, y otro que delira? El que duerme no sueña sino algunas horas, despues al despertar se conoce la falsedad de sus sueños: el que delira no sale en muchos dias de la ilusion, y no conoce su error hasta pasada la enfermedad: el curarse es para éste, lo que el despertarse para el otro. Esta es una ilusion mas larga que la primera, pero que tiene fin, y se reconoce despues que ha pasado. Otras ilusiones hay mas largas aún, y que duran toda la

vida: un fatuo ó loco incurable pasa toda la vida creyendo ver lo que no está delante de sus ojos, y nunca reconoce su ilusion. Este es un sueño que dura toda la vida, que se hace con los ojos abiertos, y sin estar dormido. ¿Cómo llegaré, pues, á saber con seguridad que no estoy yo en este caso? Al que está en él le parece que no lo está, y se cree fuera de él con tanta seguridad como yo. En mí no hace mas impresion lo que veo, que en él lo que se figura ver. Es verdad que yo no puedo dudar en la practica, pero en la práctica tampoco el insensato puede dudar de todo lo que aprende. Así es que no puedo tener por una regla segura en la práctica esta persuasion invencible; porque tal vez no es mas que una miseria de nuestra condicion, y una fuerza que, al demente y á mí, nos arrastrá invenciblemente al error.

Aunque el que sueña no puede dejar de creer lo que le representan los ensueños, no por eso son éstos verdaderos. Por mas que un loco no pueda dejar de creerse rey, y de figurarse otras mil boberías, no se sigue de ahí que su reino y los demas objetos de su estravagancia sean verdaderos. Tal vez para mí el morir será como un despertarme, que me desengañará de todos los sueños groseros de esta vida: así como el despertarme por la mañana me desengaña de los sueños de la noche;

ó así como la curacion le hace conocer al loco los errores en que incurrió durante su demencia.

Tambien puede suceder que la ilusion que veo, mas larga en un fatuo que en uno que duerme, sea de mas duracion y mas constante en el hombre que ni duerme ni delira. Quizá en medio de la vigilia, y cuando estoy mas sobre mí mismo, soy juguete de una ilusion que no se disipará jamas; y no habrá estado alguno que me saque de este engaño perpetuo, ¿Qué haré, pues, qué haré? Quiero por lo menos ver si puedo preservarme yo de la ilusion, dudando por un momento de todas las cosas. Pero ¿será este un estado serio y posible, ó una locura peor que la ilusion que pretendo evitar? No, no puede ser locura el que yo no quiera asegurar sino lo que halle enteramente cierto. Si la práctica me arrastra á suponer algunas cosas de las cuales no tengo pruebas evidentes, me consideraré como un hombre á quien arrebata insensiblemente un rio, que se ase continuamente á las ramas de los árboles que encuentra en sus orillas. Un hombre muy asoporado se hace violencia para vencer el sueño; pero el sueño siempre lo sobrecoje, é inmediatamente que duerme, desaparece su razon. Sueña, y no ve sino extravagancias: cuando se despierta conoce su error y la ilusion de sus sueños, á los cuales no obstante vuelve pasados pocos minutos. Tal vez así estoy yo, entre

la vigilia y el sueño; entre el sueño engañoso de la vida comun, y una duda filosófica, que es el único tiempo de la razon.

Para defenderme de esta ilusion, procuraré de cuando en cuando echar mano á mi regla inmutable, de no admitir sino lo que sea cierto. Al reflexionar sobre mí mismo de este modo, retractaré todos mis juicios precipitados; quedaré indeciso y desconfiaré, tanto de mí como de todas las cosas que me parece ver.

Esto es lo que debo hacer, si quiero seguir la razon: ella no debe creer sino lo que es cierto, ni dudar sino de lo que es dudoso. Hasta que encuentre una razon invencible, que me demuestre la certidumbre de todo lo que se llama *NATURALEZA* y *MUNDO*, debo sospechar que todo el universo no es mas que un sueño y una fábula, y que todo lo que creo ver es solo un fantasma vano. Es verdad que este estado de suspension me sorprende y me espanta; me reconcentra en mí mismo, como en una soledad profunda y llena de horror; me oprime, y me tiene como en el aire, y no puede durar mucho; pero este estado es racional sosteniéndolo por algun tiempo. La inclinacion que tengo á suponer las cosas de que no tengo prueba alguna, se parece al gusto que tienen los niños en las fábulas y las metamorfosis. Mas queremos suponer la mentira, que quedar en una violenta

suspension, sin rendirnos mas que á una verdad demostrada con exactitud.

¡Oh razon, razon, en qué precipicios me pones! ¿Dónde estoy? ¿Qué soy? Todo se me desaparece, sin poder defenderme del error que me arrebató, ni renunciar á la verdad que me huye. ¿Hasta cuando estaré en la duda, que es una especie de tormento? ¡Oh abismos de tinieblas que me espantan! ¿Estaré siempre sin creer ninguna cosa? ¿Creeré, sin conocer seguramente lo que creo? ¿Quién me sacará de esta turbacion?

No debo dejar de examinar una idea que se me presenta ahora. Si hay un sér que me haya producido, ¿no deberá ser bueno y verdadero? Y ¿podría ser tal, si me engañara, y no me hubiera puesto en el mundo sino para tenerme en una perpétua ilusion?—Pero ¿quién me ha dicho, que el que me ha formado á mí, no es un Sér poderoso, sí, pero al mismo tiempo maligno y falaz? ¿Quién me ha dicho, que no me ha formado á mí el acaso en un estado que por sí mismo está lleno de ilusion? Además de esto, ¿quién sabe, si acaso yo mismo soy la causa voluntaria de mi ilusion? Para evitar el error suspenderé mi juicio, y quedaré por un momento en una duda universal, ya que solo cuando juzgo es cuando me espongo á engañarme. Puede suceder, que el que me puso en el mundo me haya dejado para que nunca salga del dudar. Pue-

de ser, que yo abuse de mi razon; que pase mas allá de los límites que se me han prescrito, y que yo me esponga á mí mismo al error siempre que quiero juzgar. No juzgaré, pues, en adelante: lo que haré será examinar todas las cosas, desconfiando de mí mismo y del que me ha formado, si acaso me ha formado algun sér superior.

En medio de esta incertidumbre, que quiero estender á cuantas cosas pueda, hallo una cosa que me detiene. En vano quiero dudar de todo; me es imposible dudar de mi propia existencia. La nada ¿cómo ha de dudar? Y aun cuando yo me engañara, de mi mismo error se seguiria, que yo era alguna cosa; porque la nada no puede engañarse. Dudar y engañarse, es pensar. Este *yo* que piensa, que duda, que teme engañarse, que no se atreve á juzgar de nada, no podría hacer todo esto si no fuera alguna cosa.

Pero ¿de dónde nace que yo me imagino, que la nada no puede pensar? Eso consiste, me respondo inmediatamente, en que el que dice *nada* excluye toda propiedad, toda accion, todo modo de sér, y por consiguiente el pensamiento; porque el pensamiento es un modo de sér y de obrar. Esto me parece muy cierto; pero puede suceder que yo me contente con demasiada facilidad. Pasemos, pues, adelante y véamos por qué me parece esto claro.

Toda la claridad de este discurso se funda en

el conocimiento que tengo del pensamiento y de la nada. Conozco claramente, que la *nada* nada puede, nada hace, nada recibe, nada tiene. Por otra parte conozco claramente que pensar es obrar, hacer, tener alguna cosa: luego conozco claramente, que el actual pensamiento no puede convenir á la nada. La idea clara del pensamiento me descubre la incompatibilidad que hay entre él y la nada; porque él es un modo de ser. De donde se sigue, que cuando tengo una idea clara de una cosa, no está en mi mano ir contra la evidencia de esta idea: el caso en que me hallo lo muestra invenciblemente. Por mas violencia que me haga no puedo llegar á dudar si lo que piensa en mí, existe: luego solo se necesita tener ideas bien claras como la que tengo del pensamiento; y consultándolas, negarémos de una cosa con seguridad todo lo que su idea escluye de ella; y afirmarémos de ella sin temor todo lo que en ella se incluye claramente.

Pero hablo de la idea sin saber lo que es. La idea es una cosa que no puedo llegar á conocer con exactitud: es una luz que hay en mí, y que no es mi misma esencia: que me corrige, me rectifica, no me deja engañar, me arrastra con su evidencia y me hiere con su luz: es una regla que hay en mi interior, de la que no puedo juzgar, y por la que al contrario es menester que lo juzgue todo,

si quiero formar algun juicio. Es una regla que me inclina á juzgar, como se ve en el ejemplo de lo que ahora examino. ¿Por qué me es imposible dejar de juzgarque soy, supuesto que pienso? Porque la idea que tengo, de que lo que piensa necesariamente debe existir, es tan clara, que me pone en una absoluta imposibilidad de dudar si existo.

Y así la regla de no juzgar jamas, para no engañarme, no puede tener lugar sino en las cosas de que no tengo idea clara: pero cuando la tengo, su evidencia me obliga á juzgar aunque no quiera; y no tengo libertad para quedar indeciso. Aun cuando la claridad de esta idea no fuera mas que una ilusion, es preciso que le dé asenso. Yo aumentaré mis dudas cuanto pueda, pero nunca podré llegar á contradecir mis ideas claras. Si hay otro mas incrédulo y desconfiado que yo, que dude mas si quiere, yo lo desafío á que no puede dudar seriamente de su existencia. Para dudar de ella deberia creer que se puede pensar y ser nada. La razon no tiene mas que sus ideas: en sí misma no tiene con qué combatirlas; seria menester que saliera de sí misma, y volviese contra sí, para contradecirse.

Aun cuando la razon no hallara con qué demostrar sus ideas, nada tiene que le pueda servir de instrumento, para poner en duda lo que ellas le representan. Es cierto, sí, que puede dudar de lo

que sus ideas le proponen como dudoso: mas esta duda, lejos de combatir las ideas, es al contrario un modo muy exacto de seguirlas y de sujetarse á ellas: pero en cuanto á las cosas que ellas representan con evidencia, ni podemos dejar de concebirlas claramente, ni de creerlas con seguridad.

Infero, pues, tres cosas, en vista de la idea clara de mi existencia que mi pensamiento me presenta. La primera es, que ningun hombre puede dudar de buena fé contra lo que ve en una idea enteramente clara. La segunda, que aun cuando nuestras ideas fuesen falaces, nos arrastrarian invenciblemente, siempre que tuvieran esta perfecta claridad. La tercera, que nada tenemos que nos dé derecho para dudar de la certidumbre de nuestras ideas claras. Esto seria dudar sin saber por qué: y esta duda no tendria ninguna verosimilitud: porque todo el alcance de nuestra razon, lejos de levantarnos contra nuestras ideas, solo consiste en consultarlas como una regla inmutable.

Yo bien sé, que los que quieren dudar siempre, confundirán las ideas enteramente claras con las que no lo son; y tomarán por ejemplo, ciertas cosas cuyas ideas son oscuras y dejan entera libertad de pensar, para combatir la certidumbre de las ideas claras, que no dejan lugar á la duda. Pero, si son hombres de buena fé, yo los convenceré siempre con su propia experiencia. Cuando du-

den de todo, los desafiaré á dudar de si el principio que dudan en ellos, es pura nada. Si el creer que yo existo porque dudo, es un error; no solo es un error sin remedio, sino tambien un error del cual mi razon no tiene motivo para desconfiar. Debemos, pues, tener cuidado de no tomar una idea oscura por una idea clara (porque de aquí nace la precipitacion en el juzgar y el error); pero nunca podemos dudar seriamente de lo que nuestras ideas representan con claridad.

Tal vez lo que acabo de decir, no es mas que un relámpago, que me alumbra en este abismo de tinieblas en que me hallo sumergido, y no una luz verdadera. Por mas que desee ver la luz, mas quiero una oscuridad absoluta que no una luz falsa. Cuanto mas apreciable es la verdad, tanto mas temo encontrar una luz falsa que se le parezca y no lo sea. ¡Oh verdad, verdad! si eres alguna cosa, que me pueda ver y oír, eseucha mis deseos: ve la disposicion de mi corazon: no permitas que por abrazarte á tí, abrace á tu sombra: sé celosa de tu gloria: descúbrete: á mí me bastará verte. Te amo, tanto por tí, como por mí mismo. ¡Hasta cuándo huirás de mí? Pero ¿qué es lo que digo? Tal vez la verdad no puede oirme.

Es cierto que no hallo en mi razon motivo alguno para dudar de mis ideas claras: pero ¿quién sabe si mi razon es una medida falsa para medir

todas las cosas? ¡Quién me ha dicho, que esta misma razon no es una ilusion perpetua de mi espíritu, seducido por algun otro espíritu, poderoso y falaz, que me es superior? Quizá lo que este espíritu me representa como claro es el mayor absurdo: quizá la nada es capaz de pensar; y quizá yo que estoy pensando soy nada. Tal vez una cosa puede existir y no existir al mismo tiempo; y tal vez la parte es tan grande como el todo.

Vedme arrojado en una estraña incertidumbre; y ni aun me atrevo á desear con ansia salir de ella, por mas violento que sea este estado; porque esta impaciencia seria una mala disposicion para conocer la verdad. Examinemos, pues, á sangre fria todo lo que acabo de decir.

CAPITULO II.

Examínase la veracidad de la razon y de sus ideas claras. El que duda no puede dejar de existir.

Mis opiniones libres y variables son muy diferentes de aquellas ideas claras que no tengo libertad de mudar. Si fueran estas falsas, me seria imposible rectificarlas; y entonces estaria irremediabilmente sujeto al error. Aun los que me echaran en cara que me engaño (si este es un en-

gaño), están en la necesidad de engañarse siempre, como yo. Este error no es un accidente, es un estado fijo en que hemos nacido: esta es su naturaleza, y esta es la mia. Esta razon que nos engaña, no es una inspiracion estraña, ni alguna cosa exterior que penetra hasta mi interior para seducirme, ó que me impele para estraviarme: esta razon falaz es nuestra misma naturaleza; y si es cierto que nosotros somos alguna cosa, somos precisamente esta razon que se engaña, supuesto que esta razon es el fundamento de nuestra misma naturaleza.

Seria preciso que el espíritu superior que nos engañase, nos hubiera dado una naturaleza falsa, toda inclinada al error, é incapaz de la verdad; que nos hubiera dado, por decirlo así, una naturaleza al revés, y opuesta diametralmente á la verdad. Un espíritu, que hubiera hecho el mio de este modo, no solo seria superior, sino omnipotente. Porque un espíritu que hace espíritus, que los hace de la nada, que no encuentra hecho nada de ellos, sino que lo hace todo, que lo dispone todo segun su plan, que hace á su britario una razon que no es razon, una razon que destruye la misma razon, ha de ser un espíritu omnipotente. Es preciso que sea criador, y que haya hecho su obra de la nada. Si la hubiera hecho de alguna cosa, hubiera estado sujeto á aquella cosa de que